



Reportajes

Libros y autores, por Filebo

LAS MEMORIAS DE FERRERO



Libro de contextura frágil: "Memorias de medio siglo" (Pluma y Pínel/Ediciones Luis Rivano, 1994), 228 páginas, por Mario Ferrero. Se esperaba más de unas memorias de Ferrero. Por lo menos en lo que me toca, siempre estuve esperando más de Mario Ferrero. Creo que una parte esencial de su vida se extravió en trámites subalternos, en trajines de poca monta. Escribió mucho, trabajó como un condenado a galeras, publicó más de veinte volúmenes -poemas, ensayos, monografías-, pero nunca, para mi gusto, logró ajustar la plena sazón del fruto con las expectativas soñadas.

Pienso de buena fe, estimándolo como lo estimé, que Ferrero tenía las hechuras de un fina sangre -Ferrero Mate de Luna- un tanto perdido en prosaicas labores de tiro. Es muy posible que Luis Rivano -uno de los editores del libro- quiera ver en estas palabras, conociéndolo, una cierta flojedad tradicional en mí para encomiar los valores de Ferrero. Al margen de que mi trato con Ferrero fluctuó a menudo entre la simpatía y la polémica, me anticipo a poner por delante de estos achaques la pulcra dignidad de ánimo con que el poeta me enviaba sus libros y la excelente disposición de espíritu con que yo los recibía. Había en este autor una evidente mezcla de humores. Buenos y malos. Sin ser huésped de su intimidad, pude captar la repentina explosión de sus cambios. Ingenioso, dicharachero, dueño de una notable destreza en el conocimiento de la bohemia y en la exploración de los misterios de cocina y bodega, cuando la oportunidad era propicia -por ejemplo, su intervención en el foro sobre los 30 años del fallecimiento de Nicomedes Guzmán fue inolvidable a este respecto-, un tropiezo cualquiera de corte curial o administrativo podía convertirlo rápidamente en aprendiz de energúmeno. Conoci de cerca, a través de él, fastidiosas experiencias de esta índole. Ello no obstante, en su trayectoria vital tuvo multitudes de amigos. Ni la cuarta parte de éstos lo acompañó en sus funerales. Resulta hasta cierto punto explicable: muchos habían partido primero.

En "Memorias de medio siglo", donde se reúnen páginas de elaboración casi reciente, algunas de factura muy volandera, con otras, no sé si textualmente las mismas, extraídas del libro "Escritores a traluz" (Editorial Universitaria, Colección Cormorán, 1971), reina una nada curiosa entidad que alguna vez depa-
 2

antología: la entidad del vino. Hace años, muchísimos años, un amigo solía hablarme con verdadera unción del "sagrado vínculo del alcohol". Lo que ese hombre joven, muy joven entonces, pretendía explicarme era que la bohemia, la poesía y el alcohol integraban en su conjunto el más excelso canto a la virtud de la amistad. Pues bien, en la obra de Ferrero, que de memoria personal no tiene nada (por de pronto da la impresión de que en la existencia de Ferrero no hubo jamás mujeres, y las hubo ¡vaya, cómo las hubo! y que la vida pública de Chile fue en él apenas perceptible), imperan de nuevo los viejos nombres conocidos: Neruda, Huidobro, De Rokha, Nicanor Parra, Ricardo A. Latcham, Andrés Bello, Garrido Merino, Pedro Sienna, Nicomedes Guzmán, Edesio Alvarado, Teófilo Cid. Todos estos nombres están nimbados por la presencia del "botellón" o la "copita". Ni qué decir tiene que el medallón dedicado al poeta Rolando Cárdenas exalta a manos llenas, recordando al magallánico de adopción Marino Muñoz Lagos, las propiedades dionisiacas de la obsesión etílica. Considero, también de buena tinta, con toda franqueza, que la unción de Ferrero ante el vino fue eminentemente una actitud literaria, una "pose" derivada de una cultura que hizo del escritor un elemento "déclassé" proveniente de las mesnadas alcohólicas de Paul Verlaine. A Ferrero lo vi generalmente de aspecto correctísimo, a veces casi atildado en el vestir, sin propensión manifiesta a dejarse arrastrar por las tentaciones del "pobre Lehan". Nunca, desde luego, lo vi borracho, cayéndose a trechos, como vi a más de un colega de campanillas en tiempos que ya son historia en mi acontecer gremialista. En el prólogo, Inés Valenzuela omite delicadamente referirse al papel protagonista, digo de nuevo eminentemente "topoi" literario, que juega el vino para Ferrero como retratista de una época que abarca cincuenta años de su propia vida. No alude tampoco a la repetición de las semblanzas. En cambio, desenvuelve con útil prontitud el ovillo de su existencia personal, hija, esposa y madre de escritores, para aclararlas.

Quizás la perla del conjunto esté dada por la anécdota que pinta a Pablo de Rokha degradando a González Vera, ante Ferrero, a la condición de "fotógrafo de plaza". Y más tarde, contado el episodio a González Vera por el mismo Ferrero, la respuesta de alacrán de este último:

-¿Cómo me dijo que se llamaba su amigo del cuento?

Las memorias de Ferrero [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las memorias de Ferrero [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile